INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

JORGE IVÁN ALBEAR GUEVARA

MISOFONÍA

Tutor: Juan Fernando Álvarez Gámez

BOGOTÁ

2024

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

1. ***Trabajo de grado requisito para optar al título de:***

2. **Título del trabajo de grado:** Misofonía

3. **Autoriza la consulta y publicación electrónica del trabajo de grado:**

Sí autorizo X , No autorizo , a la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, ***"Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores"***, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

4. **Identificación del autor**

Firma:

Nombre completo: Jorge Iván Albear Guevara

Documento de identidad: 1151942235

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

Apellidos	Nombres
Albear Guevara	Jorge Iván

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Álvarez Gámez	Juan Fernando

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Magister en Escritura Creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: MISOFONÍA

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: BOGOTÁ AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2024

NÚMERO DE PÁGINAS: 56

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones __ Mapas ___ Retratos ___ Tablas, gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Otro. ¿Cuál? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

_____
___

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES:

ESPAÑOL	**INGLÉS**
Narrativa	Narrative
Narrativa urbana	Urban narrative
Precarización	Precarization
Personajes marginales	Marginal characters
Vida nocturna	Nightlife

RESUMEN DEL CONTENIDO español (máximo 250 palabras):

Este trabajo de grado es una colección de cuentos que aborda la precarización, la marginalidad y las tensiones internas de personajes masculinos que habitan en espacios urbanos violentos y opresivos.

RESUMEN DEL CONTENIDO inglés (máximo 250 palabras):

This thesis is a collection of short stories that addresses precarization, marginality, and the internal tensions of male characters who inhabit violent and oppressive urban space

TABLA DE CONTENIDO

ENSAYO ORBITAL 1
PRÓXIMA ESTACIÓN 8
DIABLITOS 16
FELIZ CUMPLEAÑOS, HIJO 25
YO SOLO CREERÍA EN UN DIOS QUE SUPIERA BAILAR 33
MISOFONÍA 39

ENSAYO ORBITAL

En un momento dado pienso que en un rincón de mí nacerá una planta. La empiezo a acechar creyendo que en ese rincón se ha producido algo raro, pero que podría tener porvenir artístico. Sería feliz si esta idea no fracasara del todo. Sin embargo, debo esperar un tiempo ignorado: no sé cómo hacer germinar la planta, ni cómo favorecer, ni cuidar su crecimiento; solo presiento o deseo que tenga hojas de poesía; o algo que se transforme en poesía si la miran ciertos ojos.

Felisberto Hernández

La escritura de estos cuentos nació como un proyecto para reunir varias historias de ficción y personajes, todos conectados por algún elemento nocturno de una ciudad cuyo eje gravitatorio es la rumba y la vida nocturna: Cali, mi lugar de nacimiento y crianza. Aquella idea se transformó, como ha de transformarse todo. Inicié la Maestría en Escritura Creativa, me fui a vivir a Bogotá, una urbe distinta en muchos aspectos a lo que yo no estaba acostumbrado, leí nuevas cosas que me volaron la cabeza, terminé una relación, me enamoré de nuevo, viajé por el país, tuve una crisis emocional y económica, hubo una pandemia que ahora parece olvidada que sin embargo nos sigue jodiendo desde la distancia del tiempo.

Al principio, el cambio no fue una decisión consciente. De cierta manera seguía aferrado al plan original hasta que me di cuenta de que más que un procedimiento creativo que me daba un norte era un obstáculo que me limitaba y bloqueaba. Yo ya no era el Jorge Albear del 2019, y aunque es una perogrullada decirlo hoy, tuve que darme cuenta de que

había tomado otros rumbos y ahora estaba bajo el embrujo de nuevas influencias estéticas, filosóficas, políticas y culturales. Abandoné entonces cualquier intento aglutinador que tenía previamente (llegué a pensar el libro como una serie de relatos secuenciales interdependientes entre sí que sucedían en seis horas) y empecé a escribir sobre otras experiencias y otras circunstancias que siempre me han interesado como lector, asimismo, como ser humano que ha vivido en un contexto geográfico determinado: la noche y su atmosfera, también algunos escenarios: un casino, un bar de salsa, barrios ruidosos o estaciones de buses inmundas, algunos esbozos de personajes que, más que protagonistas que salen victoriosos de sus dramas y nudos de tramas, son víctimas del vaivén del destino.

Claro está que al final hay mucho de azar en el camino que toman mis dedos sobre el teclado de mi computadora. El proceso de escribir tiene su propio espacio de acción, incluso se podría decir que cierta autonomía que no sigue normalmente la totalidad del plan estructurado previamente. Hay subconciencia más que racionalidad académica o, como diría César Aira, "una huida hacia adelante": escribir y escribir, casi improvisando, para no agotarse en la primera página y sentirse algo libre, algo feliz, cuando por fin se llega al punto final.

Por lo tanto, al hacer la reflexión posterior sobre las aristas y procesos de redacción de *Misofonía* pude comprender los elementos que no sé si puedan llamarse una poética, pero sí al menos de unas decisiones o, más bien, de intereses e intuiciones que me han acompañado estos últimos años. El desarrollo de este trabajo de grado que hoy presento tuvo dos ejes principales: la ciudad y la figura del perdedor. A partir de ellos confluyen decisiones de lenguaje, de tipos de narrador y perspectivas, así como decisiones estéticas

La ciudad

Camino por andenes repletos de ventas informales, me pierdo, vuelvo al camino, de cualquier esquina irrumpe un merengue o un grupo de chicos con rostros desafiantes y ojos peligrosos, arriba nudos y nudos de cables; abajo, un perro callejero corre entre los carros, los voceadores de restaurantes baratos pero nutritivos se unen al coro citadino. El barrio está en su punto, en su apogeo, y yo estoy feliz. La ciudad ejerce una poderosa influencia en mis sentidos, y sé que también en los demás. Lo urbano es el punto de partida de mis cuentos. Todos ellos se desenvuelven en una ciudad sin nombre, una ciudad calurosa, con su centro y sus periferias, una ciudad hostil, una ciudad que puede ser cualquiera de Latinoamérica o del sur global. Las calles, los buses, los lugares de ocio, la interrelación entre los habitantes genera una cartografía y un lenguaje especial, único en sus matices, desquiciamientos, sonoridades y precarizaciones. Los personajes, al igual que yo, viven, sufren una ciudad que los impulsa a tomar decisiones, transformarse o enfrentarse a sí mismos.

Así pues, mis cuentos se zambullen en lo urbano latinoamericano con todo lo bello y macabro que eso representa. Pero algo que sí tuve muy claro desde el principio es que la violencia que tanta brota en nuestras calles no iba a ser representada directamente, o más bien, hablaría de otro tipo de violencias con las que lidiamos subrepticiamente y que solo se hace visible cuando la sangre emana de algún cuerpo: la pésima movilidad, el ruido agotador, la desigualdad de los barrios y sus gentes, las expectativas no cumplidas en una sociedad entregada al placer.

Más que narrar la ciudad a la manera de Fernando Vallejo en *La Virgen de los Sicarios*, con sus pistoleros y muertos, estuve más interesado en contar *La Ciudad* de Mario Levrero. El espacio geográfico que propone el autor uruguayo es un espacio surrealista y onírico, donde un pintor queda encerrado en un pueblucho feo, pobre y muy pequeño donde

impera unos tabúes y unas leyes incomprensibles para él y para nosotros los lectores, pero que al final sirve como representación de lo absurdas, kafkianas y desagradables que pueden llegar a ser nuestras metrópolis.

¿Y qué sucedió con la noche? Siguió presente, más en unos cuentos que otros. En *Yo solo creería en un Dios que supiera bailar* y *Feliz Cumpleaos, hijo* quise explicitar la manera en que los espacios de rumba y diversión nocturna se convierten en escenarios de tensiones y sobre todo deseos, que como muy bien sabemos, casi nunca son satisfechos. En medio de la oscuridad moteada de luces coloridas y bebidas estimulantes, las personas nos desesperamos buscando el placer, la desinhibición surge de manera orgánica y operan ciertos códigos que refuerzan o, muchas veces, se oponen a los cánones sociales que están naturalizados en nuestras conductas diurnas.

La figura del perdedor

> Leprince, modesto y repugnante, sobrevive a la guerra y en 1946 se retira a un pequeño pueblo de la Picardía en donde ejerce de maestro. Sus colaboraciones con la prensa y con algunas revistas literarias no son numerosas, pero sí regulares. En su corazón, Leprince ha aceptado por fin su condición de mal escritor, pero también ha comprendido y aceptado que los buenos escritores necesitan a los malos escritores, aunque sólo sea como lectores o como escuderos. Sabe también que, al salvar (o al ayudar) a algunos buenos escritores, se ha ganado a pulso el derecho a emborronar cuartillas y a equivocarse. También se ha ganado el derecho a ser publicado en dos, tal vez tres revistas. (Bolaño, 1996)

En *Llamadas Telefónicas*, Roberto Bolaño escribe acerca de escritores y poetas que están en una lucha constante en su vida artística, son personas dedicadas totalmente a la literatura y

ésta es el motor de sus penurias y acciones. No son héroes en el sentido convencional del término, son más bien seres marginales, *perdedores bolañescos*, no porque no tengan éxito económico, según la interpretación estadounidense, sino porque están cargados de una angustia, de una nostalgia y de una decepción que ponen de manifiesto en la poesía o en sus quehaceres artísticos según las tramas de Bolaño. Estos son el tipo de personajes que me atraen y con los que empecé a conversar para la creación de mis propios cuentos. Mis personajes principales son hombres cuyas experiencias masculinas están mediadas por una precarización moderna y latinoamericana: trabajos mediocres e inestables, relaciones efímeras o vulnerables, expectativas sociales no correspondidas. La ciudad de *Misofonía* es la sociedad del siglo XXI: neoliberal, agotadora y neurótica/ansiosa/depresiva. Y así, estos hombres no luchan, sino que navegan simplemente en esta vorágine socioeconómica encontrando cierta paz o cierta belleza en sucesos que por supuesto serán breves.

En el paro
Atravieso una ciudad de la que ya nada espero
Entre seres humanos distintos cada vez
Me lo sé de memoria, este metro elevado;
Transcurren días enteros sin que pueda ni hablar.
¡Ah! Esos mediodías, regresando del paro
Pensando en el alquiler, meditación sombría,
Prefieres no vivir, pero igualmente envejeces
Y nada cambia en nada, ni el verano, ni las cosas.
Al cabo de algunos meses, se acaba el subsidio
Y el otoño vuelve, lento como una gangrena;
El dinero se vuelve la única idea, la única ley,
Estás realmente solo. Y te quedas atrás, atrás…
Los otros continúan con su danza existencial

Tú estás aislado tras un muro transparente;
El invierno ha vuelto. Su vida parece real.
Tal vez, en algún sitio, te espera el porvenir.
(Houellebecq, 2012).

Los hombres de *Misofonía* tienen sus luchas internas de las que dan cuenta con el uso de la primera persona en cuatro de los cinco relatos. Son identidades frágiles que se adhieren a ciertos deseos u obsesiones: el juego en el caso de Orlando, el padre del chico obsesionado con perder la virginidad en *Feliz cumpleaños, hijo*, que es un cuento que parasita a otro: *Reunión* de John Cheever, solo que ahí, como no podría ser de otra manera, la relación familiar está mediada por el alcohol; una mujer y una estación de buses que rompen la alienación en el protagonista de *Próxima estación*; las ansias de triunfo y respetabilidad clasemediera del periodista de *Diablitos* y del escritor fracasado de *Misofonía* y por último la necesidad de aceptación y cumplir su rol de género de Andrés en *Yo solo creería en un dios que supiera bailar*.

Ciudad y perdedores son los hilos conductores con los que me guié para pensar y jugar con el lenguaje y discurrir en su azar. En algunas ocasiones, este lenguaje es fragmentario; en otras, como en *Diablitos*, está en disputa y choque, similar a lo que hizo José Eustasio Rivera en su hermosa *La Vorágine*. Igualmente, me permití dialogar con autores, referencias culturales y otros textos. No solo *sampleé* el ya mencionado cuento de Cheever, también utilicé blogs o noticias de Mutante o El País para fragmentos de *Misofonía*. También, la oralidad de algunas opiniones de la red social antes llamada Twitter, hizo que algunas voces modificadas intervengan en *Próxima estación.* Eso sí, en todos los relatos, el tono siempre procuró ser algo distendido, casi humorístico.

Así concluyo estas puntadas o claves del procedimiento artístico de este trabajo de grado. Queda agradecer a todas las personas que intervinieron, apoyaron, comentaron e hicieron que pudiera concluir con satisfacción estos cuentos. El mito es que la literatura es un arte solitario y, al momento de escribir, nos damos cuenta de lo mentiroso de ese planteamiento: son muchas las manos y muchas las ideas que intervienen para que consigamos poner en palabras escritas aquellos pensamientos y tramas y subtramas que nos torturan en su intento por darse a conocer al mundo.

PRÓXIMA ESTACIÓN

En la ciudad se sabía que *ellos* siempre estaban ingresando sin miedo, burlones, violentos, a las estaciones y buses. Aunque atento a sus actos, yo fingía verlos con la misma indiferencia de una vaca al mirar el paisaje, cuando me tocaba ir de aquí para allá con un catálogo de productos de papelería que se venden al por mayor en juzgados y despachos de abogados desperdigados por todo lado. La justicia es un monstruo que todavía vive del papel. Los pocos compañeros que quedaban en la oficina me recomendaron siempre que comprara una motocicleta. Esta es una urbe conquistada por hombres máquinas, centauros de metal que saltean filas eternas de autos cargados de gentes. Yo me oponía rotundamente, aunque mis respuestas las guardaba en el pecho. No quería comprar una moto porque tenía pavor de ser yo mismo el artífice de mi desastre en las vías. Esa responsabilidad prefería entregársela a otro, así podía tener a quien culpar. También había otra razón y era *ella*. Necesitaba verla, aunque fuera de lejos. Necesitaba escuchar el sonido de sus pasos, que, junto a los míos, domaban la cotidianidad de la estación Pedro Manrique Figueroa.

No es un ring de boxeo, es una estación: tremenda pelea entre dos usuarios. En un aparente caso de intolerancia dos hombres se fueron a los puños en la estación Regina 22. Todo quedó registrado en video.

Por supuesto, para hablar de *ella* tenía que nombrarla junto a *ellos*, miembros de la misma especie perseguida. Aunque los mensajes y las acciones de la alcaldía eran enfáticos en castigar sus comportamientos, alguien a veces apretaba un botón o daba una mano para que *ellos* y *ella* pudieran moverse sin las ataduras del valor de un pasaje. En esa época la rebeldía crecía y crecía en nosotros y parecía que íbamos a implosionar.

Unos segundos antes de la aparición de *ellos*, el aire grisáceo que se respiraba en las estaciones se ponía más pesado y leves impulsos eléctricos cosquilleaban los poros de la piel. Su ausencia era un mal augurio, una advertencia de retrasos, escasez, bloqueos. Así como la naturaleza requiere de seres inverosímiles para tener todo en orden, la existencia de esta especie posibilitaba el equilibrio del transporte público. Sin embargo, eso no impedía que fueran despreciados por algunos, especialmente señoras y ancianos, quienes, por otro lado, no tenían reparos en empujar, insultar e incluso morder con ensañamiento en los abordajes. Según oía decir, *ellos* eran parásitos sociales que realizaban sus actos no por necesidad, sino como mero vicio o moda; una dosis diaria de adrenalina que había jodido las finanzas y el alma de la ciudad.

Cada quien tenía su ritual. Era recurrente una pareja de gordos que esperaban agarrados de las manos al otro lado de la calle. Ya no eran tan jóvenes, y por eso habían tenido que aprender a tener la paciencia de las lagartijas. Al notar cualquier desconcentración de los guardas de seguridad, se unían en un beso sensual y daban inicio al espectáculo. Los primeros movimientos torpes, incómodos, se convertían en los pasos gráciles de guepardo. Corrían esquivando autos, miradas desaprobatorias. Al llegar a las puertas dañadas por el mal uso, saltaban de un modo que contradecía la física de sus voluminosas carnes y se unían al cuerpo social que necesitaba movilizarse.

Hombre no pagó pasaje y lo golpearon por ponerse agresivo. Todo ocurrió el miércoles 7 de septiembre en la estación Zona Posindustrial.

Resmas de papel, 75 g, 500 hojas. Paquete de banderitas pos-it multicolores. 36 unidades de resaltador rosado… El día que la conocí —bueno, conocer es una exageración, ya que nunca cruzamos palabras, aunque estoy seguro de que sí pensamientos— yo recitaba las referencias que vende la distribuidora de papelería como si rezara las avemarías de mi

abuela. Alrededor mío, la voz de los altavoces repetía otra plegaria: Todos ponemos nuestro granito de arena por el futuro de la ciudad.

Necesitaba recordar todo el stock del nuevo trabajo porque era necesario hacer buenas ventas. No podía permitirme un nuevo despido tan cerca del precipicio. Y en medio de esa liturgia, emergió ella de la calle, trastocando el rito diario del transporte para siempre. Aquella vez entró por una esquinita, aprovechando la menudez de su cuerpo. Pasados unos días, cuando mi posición laboral parecía ser menos precaria, la sorprendí aprovechándose de la correría de la pareja gorda. Después de varias semanas, pude determinar que era una mujer con diversas técnicas. La vi aprovechar la elasticidad de sus músculos para realizar saltos y maromas circenses sobre el torniquete; pegar el cuerpo a la espalda de un pasajero desprevenido —solo Dios sabe cuántas veces ansié yo ser el poseedor de esa espalda—. En algunos momentos sé que quería dar la sensación de normalidad, así que compraba el pasaje como cualquier ciudadana. En esos casos, notaba como sus pequeños ojos negros perdían brillo.

Los dueños de la ciudad intentaron al inicio controlar la situación con comerciales positivos. Parejas felices con niños regordetes, mujeres con sonrisas falsas, hombres que se veían a leguas que nunca habían pisado un bus, todos decían lo mismo: la ciudad perdía no sólo un pasaje, también el rumbo hacia el futuro. Las campañas en las calles utilizaban mimos, abrazos. Nada funcionó. Así que pasaron a una fase más drástica de acción. Multas, regaños públicos en televisión, uno que otro bolillazo. Por último, las leyendas macabras se multiplicaron y los ánimos de las personas de bien que exigían sangre fueron calmados. Las capturas empezaron a ser masivas y a las afueras, extrañas edificaciones, cárceles circulares o elípticas encerradas en sí mismas que no dejaban ver nada en su interior, florecieron

rápidamente en las noches, al mismo tiempo que más y más familias empezaban a buscar a sus desaparecidos.

> *"Estrategias pendejas, acá no funciona la pedagogía. Esto se soluciona con multas fuertes y un encierro en Uri o un servicio social por un buen tiempo. Así la gente lo piensa antes".*

Escondido entre el bullicio, acostumbré mis sentidos a buscarla. Sabía que otros también la esperaban, aunque al igual que yo, disimulaban sus intenciones. Uno de los vigilantes, un tipo desgarbado a quien no le importaban las continuas infracciones al reglamento de convivencia dentro de la estación, afilaba la mirada cada vez que la veía y caminaba despacio hacia donde estaba ubicada, seguro del mundo, consciente de que tenía la ley en sus manos y de que ella debía ceder, porque así estaba implícito. Ella era escurridiza, diosa ninja que percibía el peligro a kilómetros de distancia y no le importaba tomar cualquier ruta que la salvara, ya sea del regaño cívico, de un piropo mal sonante o del horror que escondían los centros de resocialización de la alcaldía.

Nunca pude inferir nada de su vida. Desconocí a qué se dedicaba y cuáles eran sus aspiraciones en este mundo. Era posible deducir oficios y profetizar cuáles serán sus futuros dependiendo de la dirección que tomara. Unos días se dirigía al sur residencial, otras veces al oriente, donde estaban los barrios bohemios, incluso noté que tomaba hacia noroccidente, donde los sectores abandonados a su suerte. En esa inefabilidad creé varias historias para ella dependiendo del día y del estado de ánimo. La Mónica del miércoles era una universitaria creyente del lenguaje inclusivo; la Sandra de los lunes era una periodista que recorría la ciudad buscando notas lúgubres para el periódico; la Isabel de los viernes era una poeta que odiaba al mundo.

Ya en mi pequeña cama, en medio de la oscuridad del insomnio, tenía arrepentimientos de tales juegos de la ficción porque sentía que pudieran ser signos de locura. Y los locos tampoco eran del agrado de las fuerzas del orden de la ciudad. Al momento de por fin encontrar los sueños, las historias que me había contado se hacían vívidas en imágenes mudas y coloridas. Al despertar tenía en mi lengua algunas rutas que poblaban la ciudad: T50, T47, E31, A02. Todo me sonaba extraño, palabras sin asidero en la realidad que debía enfrentar a diario.

Hombre se sube con un ratón. En redes sociales se volvió viral un video de un joven que viajó con su mascota en un articulado.

"Me arrastraron hasta la puerta": mujer víctima de robo en estación.

Lo que estaba destinado a suceder efectivamente sucedió. Era notorio que, a pesar de mis intentos de adaptarme, no podían gustarme las ventas de productos de papelería o los chistes bobos de oficina. De hecho, ya casi no me agradaba nada, excepto la estación de buses, el único lugar donde ella y yo existíamos al mismo tiempo. Así que antes de la hora del almuerzo, el jefe, un hombre más soso que las hojas en blanco que deseaba vender al por mayor, me llamó a su oficina. Por cuestiones de presupuesto, Papeles El Cóndor decidió dar por terminado mi contrato. Con un débil apretón de manos me acompañó hasta la puerta mientras los compañeros siguieron en sus labores, sin dar señas de algún interés por mi despido.

Decidí caminar a pesar de que los andenes estaban siendo carcomidos por el calor y la corrupción. Nada agradable había en la pequeña habitación que alquilaba. No sentía tristeza o enojo, conocía muy bien cómo lidiar con los ciclos de la precariedad y el desempleo. En el camino hice planes de supervivencia: vender algunos libros y discos que todavía

conservaba del abuelo, realizar algún mercado con los pocos ahorros que guardaba en el nochero y, por supuesto, mudarme a un barrio más periférico.

Al reconocer las cuadras de siempre, ya el mediodía había muerto para dar paso a una tarde taciturna, repleta de ventiscas que refrescaron mi cuerpo. Estaba exhausto, sin embargo, sin nada de hambre. Crucé en una esquina y llegué a la avenida principal donde la estación, mi estación, estaba encallada torpemente en la mitad de la calle como el esqueleto de un cetáceo en una playa marchita. El smog y el polvo nublaban la vista haciendo que la cordillera central se viera como una nostalgia de lo que deberían ser las montañas. Sin saber por qué –o, por el contrario, sabiendo muy bien, pero sin querer darle vueltas al asunto–, decidí descansar allí.

Los imité utilizando la poca energía que me quedaba. Corrí con los ojos muy abiertos, mirando hacia adelante sin preocuparme por los vehículos que circulaban furiosos al lado de la vía exclusiva de los buses. Fueron pocos segundos liberadores, definitivos. Sabía que después ya no sería él mismo, y no importaba, porque al fin al cabo esta ciudad y este mundo son laberintos habitados por minotauros asustados. Salté, y la estación me acogió como su hijo adorado. Al lado de un mapa informativo grafiteado por los insensatos, la esperé, la convoqué.

> *Sanciones a quienes se lancen de un bus en movimiento. Podrían ser sancionados con más de 900 mil pesos; además, podrían enfrentar un proceso penal por lesiones personales.*
>
> *"No hay gerencia, el sistema está abandonado, en la estación Carcosa hay un habitante de calle que se para en el torniquete para que todo mundo pase si pagar y pide la liga, no hay ninguna clase de autoridad allí...Duele ver el sistema en el caos total".*

La Pedro Manrique Figueroa era un corazón que latía por el movimiento de las personas y los buses rojos eran gusanos que tragaban cualquier ser vivo. En las sístoles del ritmo, tenía agites, alaridos, pitidos, puertas que se abrían y cerraban con violencia. En las diástoles, los sonidos de las otras calles se filtraban en el vacío y en el silencio.

Cerré los ojos e interioricé el latido de aquel hogar. Estaba bendecido por la indiferencia de los demás. Pensé en todas las cosas que me rodeaban. Ya era parte de *ellos*, y también de *ella*. Lo comprendí todo, comprendí la necesidad que se apoderaba del cuerpo y hacía quererlo fusionarse con las estaciones. Necesitábamos ser uno solo con el plástico, con el sonoro metal, con el esmog. El sueño del futurismo italiano en versión tropical tercermundista. La ceremonia de iniciación consistía en comprender que esto no iba a detenerse, a pesar de la crueldad de los dueños de la ciudad. Más y más personas serían como *nosotros* hasta que de pronto solo iba a permanecer en la faz de la tierra *nuestra* especie. La escena se hizo límpida. Recorría con alegría lo que sería el futuro: una colección de calles maltrechas, edificios vetustos y nuevas estaciones hechas de conciencias humanas frecuentadas por buses de carne y hueso. Ya no seríamos parásitos. Salvaríamos a la humanidad de la modernidad irracional que algunos impusieron.

Me regodeé en esas y otras imágenes lisérgicas. Pasaron las horas hasta que abrí los ojos. Ella estaba ahí en el otro extremo de la plataforma. Solos los dos, todo parecía arreglado de antemano para que por fin pudiera abordarla, decirle cualquier cosa. No obstante, había una sensación de epifanía, de que la vida ya había tomado una decisión que no tenía que ver conmigo. Desde el otro lado de la estación, el vigilante desgarbado caminó acompañado de dos agentes de policía, buitres que se acercaron con actitud desafiante. Abrí la boca. No pude conjurar ningún sonido. Ella no pareció inmutarse esta vez. Aceptó su destino. Los tres

buitres la rodearon, intercambiaron palabras de autoridad, la llevaron a rastras, con ira. Por fin te agarro, mamasita linda, le dijo el horrible hombre pájaro.

Al pasar al lado mío, ella volteó su lindo rostro y me sonrió. Una sonrisa no amorosa, sino más bien otra cosa, una de esas sonrisas que tienen que ver con la añoranza o con la resignación, con lo que pudo ser y no fue. No la volví a ver nunca más.

Un bus llegó con el letrero de último servicio. Me subí en sus fauces, era el único pasajero, el último pasajero del día. El gusano rojo arrancó y atravesó la noche de esta ciudad de mierda.

DIABLITOS

Los bordes de los andenes estaban pintados con verdes y rojos corroídos. Al final de la calle angosta y mal pavimentada el dibujo de un Papá Noel triste junto con dos renos grotescos vigilaba a los transeúntes. Desde donde estábamos no se alcanzaba a ver gran cosa de la ciudad porque la mayoría de las viviendas, en contra de cualquier sentido arquitectónico, tenían dos, tres y hasta cuatro pisos que obstruían la vista y hacían ver las construcciones como ancianos con espaldas arqueadas a punto de desmayarse. Eso sí, se podía ver un pedazo de la estrella de David gigante, repleta de bombillas, varias antenas de telefonía y los postes que servían de soporte para las cabinas azules del teleférico que llevan y traen a las personas del sector.

En diciembre, de aquella montaña no solo descienden vientos iracundos, sino también grupos de niños y adolescentes disfrazados de personajes nada navideños. En lugar de un niño Dios —se aceptaría incluso duendecillos del Polo Norte—, ellos eligen disfrazarse del diablo, de la calavera de *Scream*; de duende, y siempre está el que se traviste poniéndose peluca, vestido multicolor y unas pelotas que simulan traseros y pechos inmensos. Al sonsonete de tambores que consiguen alquilados, danzan en un paroxismo demencial pidiendo monedas de casa en casa, esquina en esquina, asustando a los niños pequeños, incitando ladrar a los perros, despertando la siesta de la tarde. En vez del nacimiento de Cristo, las cuadras parecen celebrar un Halloween tropical.

Mientras ascendíamos en la camioneta del periódico, uno notaba cómo variaban las distintas tonalidades del rojo de los ladrillos desnudos y del gris oxidado de los techos de hojalata; también las variaciones en el verde de algunos árboles, últimos vestigios del bosque

que ocupaban los cerros. Desde la parte llana de la ciudad, la heterogeneidad cromática de la montaña se obvia, a menos de que a final de año alguien realice la analogía boba de que todo el paisaje parece un pesebre.

Nunca los había considerado con seriedad hasta que me tocó hacer un reportaje acerca de ellos; los veía como una particularidad exótica de las miles de almas apiñadas que se reproducían por montones en aquellas lomas. Pero a final de año, lo que más nos recalcaban en la redacción era hacer notas cálidas para atraer más likes y anunciantes. Por ello, estaba allí registrando y concibiendo la viralidad de mis letras.

Las fuentes fidedignas, los padres orgullosos de los chicos ataviados, afirmaban que todo inició hace muchos años con algunos borrachos, trabajadores de las primeras minas asentadas en el sector. Después de salir de las cantinas en estado de ebriedad, empezaron a bailar estúpidamente mientras regresaban a sus casas en la cima. A algunos vecinos les resultó simpática la situación y les lanzaron monedas desde ventanas y balcones. Al año siguiente, con mayores ínfulas, sus familiares más pequeños repitieron la hazaña con más elementos musicales, máscaras de maché y teatralidad. Así fue como toda esa barahúnda se consolidó, para mayor pláceme de los sociólogos, como el sello característico del sector, exceptuando las pandillas y antisociales, por supuesto.

Al final de nuestro trabajo, el viento de la cordillera acariciaba nuestras barbillas salvajemente. Yo repasaba con tedio las notas de las entrevistas, mientras Willy, el fotógrafo que siempre me acompañaba, dirigía la cámara hacia todo lo que pudiera verse interesante en el artículo. La verdad, no tenía más ganas de estar en aquella zona. Quería ir a casa, terminar rápido la nota y tener la noche desocupada para un cóctel con alguna chica; pero a Willy siempre le fascina cualquier cosa que huela a popular, y pocas veces, en eso le daba la razón, uno podía estar hasta tan arriba sin tener problemas de seguridad. Así que, mientras el

hombre pretendía ser Sebastião Salgado, me dirigí a una tienda a refugiarme y consumir una Coca Cola Zero.

Antes de ingresar al local, volví a sentir en el cuerpo la desconfianza de rostros ocultos e inquisidores detrás de las cortinas. Antes de que el voz a voz entre los vecinos revelara que íbamos a hacer un reportaje sobre una tradición de la comunidad, nada que ver con la nota roja que era la costumbre de los colegas que ascendían hasta allá, el recelo era mayúsculo. Ahora que ya no teníamos nada más que hacer allí, volvíamos a perturbar la cotidianidad de un barrio que había aprendido a las malas a desconfiar de las intenciones de los forasteros.

En la tienda había un solo cliente, un tipo obeso que ponía a prueba la resistencia de una silla Rimax amarilla. De sus labios húmedos de Póker salía tatareado el vallenato que escupía un parlante ronco situado encima de su cabeza. Tanto él, como la señora que atendía, no respondieron a mi saludo. Cancelé la gaseosa y fui a sentarme en una esquina, justo al lado de las neveras repletas de aguas saborizadas, cervezas y aguardiente. Más que tienda de barrio, el lugar daba la impresión de ser un modesto expendio de trago y chucherías comestibles. ¿Y cómo la están pasando mi gente linda, mi gente bella en estas fiestas de fin de año en Salpicón FM? aulló el locutor apenas terminó la canción. La retahíla del tipo se diluyó entre el ruido de neveras y los tambores, no tan lejanos, de alguna banda de niños.

Cerré los ojos unos instantes. Necesitaba serenarme con ejercicios de respiración. De repente un *Turuntumturuntum turuntumturuntum* interrumpió mi jardín zen. La estridencia que yo suponía a un par de cuadras llegó de sorpresa, como una emboscada. Un grupito de niñatos con sus máscaras horripilantes danzaba alrededor mío con bastante entusiasmo. La mujer y el hombre miraban con muecas de burla y con las palmas trataban de seguir el ritmo del tambor. El fastidio de mi rostro resultaba evidente. Sentía todo aquello como una broma

de mal gusto hecha a expensas de mi dignidad. Opté por salir deprisa de la tienda, dejando la Coca Cola Zero intacta.

Sentí sus cabriolas en la espalda, mientras las risotadas en la tienda se entremezclaban con el barbullo de un acoso a cielo abierto. No fui hasta donde estaba Willy porque conocía su personalidad bromista; no quería que le diera más alas al performance. Seguí caminando algunas cuadras saturadas con el olor de guayabas y sudado de pollo, hasta llegar a un lote baldío, lleno de basura, en donde se ubicaba uno de los pilones del teleférico. Era fácil imaginar que funcionaba como centro de operaciones de alguna banda de maleantes. Uno de los demonios me mostró su mano con el gesto de quien espera una propina. Ese era su plan para acabar con aquella persecución maldita. Mi corazón empezó a bombear rabia canina. Pequeños granujas, quise gritarles. De mi boca no salió ningún sonido, los que hablaron fueron mis manos y pies. Empujé a aquellos extorsionistas, le di un par de puntapiés al de la máscara del diablo, el de scream vino a darme un golpe y yo lo recibí con un puño en el estómago. Sus menudas y flacas carnes recibieron la ira de un hombre pacífico por naturaleza, un tipo centrado, serio. Los otros huyeron abandonando el tambor que terminó en pedazos bajo mis botas.

Toda la escena duró un par de minutos que fueron dignos de un capítulo de un libro de mindfulness. Los testigos quizás hayan visto, incrédulos, a un adulto que abofeteaba a unos niños, pero yo lo sentí como un gesto imprescindible, una lección de vida para aquellos mocosos y para todos los que vivían por allí. Y antes de que viniera la reacción, con los ojos en llamas, salí huyendo cuesta abajo, sin mirar a nadie ni a nada.

Corrí sin detenerme, esquivando preguntas, manotazos peligrosos, silbidos, siguiendo la curvatura de las calles, desafiando la gravedad y el decoro. Solo me detuve cuando dejé la montaña atrás.

Los primeros *Turuntumturuntum* los sentí retumbando en los oídos apenas atravesé la puerta de mi apartamento, con una fiebre elevada que se propagaba en todo el cuerpo. No era un sonido definido; se escuchaba a un volumen que desaparecía y aparecía, como la señal de una radio que busca desesperadamente encontrar emisora. Nada extraño consideré en aquello porque pensé que era un eco, un recuerdo de la mente afiebrada.

Destiné toda la noche a redactar aquel reportaje del infierno que titulé *La maravillosa tradición decembrina* de *nuestra ciudad.* Lo remití al editor y pedí algunos días aduciendo estar enfermo. La nota fue aprobada con pocas correcciones, ―conocía muy bien el tono y gusto del director de Redacción― y el permiso concedido.

Dormí todo el día. Al despertar, ya era casi de noche y me encontraba en completa paz conmigo mismo, sin rastros de fiebre, aunque hubiera tenido pesadillas delirantes con chiquitecas satánicas que no tiene caso comentar. Tenía un leve dolor de cuerpo, pero opinaba que había hecho lo correcto. Ir hasta allá hizo que descubriera una parte de mí hasta ahora oculta, un autodescubrimiento que ninguna clase de yoga o sesión de psicoanálisis me habría podido proveer.

Al momento de pisar la montaña, evité prestar atención a la condescendencia con la que los habitantes parecían tratarnos y que disimulé, como suelo hacer, bajo el barniz de unos buenos modales profesionales y una leve conmiseración. Ahora estaba libre de esa falsa consciencia y me di cuenta que el destino de aquellas personas, no solo me era totalmente indiferente, sino odioso. Su lenguaje, con esos localismos, barbarismos y extranjerismos burdos, con ese acento tan pronunciado, tan distante al volumen moderado y adecuada pronunciación de mis profesores de universidad o de los vecinos de mi unidad residencial, era ininteligible a ratos. Casi se podía decir que eran foráneos y no habitantes de mí propia urbe. Temía, eso sí, alguna demanda de los padres de los niños que abofeteé o una

cancelación en redes sociales a raíz de alguien que me hubiera filmado. Si sucedía, argumentaría legítima defensa ante un intento de robo.

La candidez duró poco: el *Turuntumturuntum Turuntumturuntum* regresó a la mañana siguiente y no se ha ido. Cada día que pasa con ellos, nuevos sedimentos empiezan a depositarse dentro de mí.

El golpeteo del tambor es omnipresente, sin dejar resquicio a otros sonidos. Una persona menos aguantadora que yo se hubiera enloquecido después de tantos días escuchando aquel ritmo del carajo; aunque quizás tanta fortaleza de espíritu podría ser evidencia suficiente para que cualquiera dijese que ya me estaba patinando el coco. Al despertar supe que ellos no estaban en la pieza, no porque no pudieran, sino porque no se les daba la real gana de entrar. El carnaval es en la sala donde me esperan endemoniados, moviéndose en éxtasis, destrozando lo poco y nada que tengo. Cuando los vi en esa mañanita hasta fresca, tocaron a la puerta, muy formales ellos, y entraron en tromba. Más que terror, sentí mucho fastidio y vergüenza. Supe de inmediato que aquella cuadrilla de peladitos disfrazados, cuya apariencia no era del todo nítida, como la vista de un miope al quitarse las gafas, era la forma de decir que estaba trabajado, embrujado y quién sabe por cuánto tiempo.

Sus apariciones carecen de cualquier lógica y coherencia. Una parte de mí les agradece que, hasta ahora, han respetado la noche y las madrugadas. Así la relación con los vecinos y porteros no está del todo dañada. A veces pasan horas sin saber de ellos, pero esas ausencias se hacen cada vez menos esporádicas. Lo único claro es esperarlos en cualquier momento en que el sol estuviera en lo alto, en cualquier lugar en el que me encontrara, sin importar lo íntimo que pudiera estar haciendo. ¡Y los culicagaos sí que me pillaron en cosas muy personales! Todavía tengo presente sus risas de hiena cuando una vez se manifestaron al lado de la cama mientras yo veía cositas en el celular.

Me puse las chanclas con la decisión de iniciar el día ignorándolos por completo, empresa casi imposible. No queda de otra, a darle con toda. Enfrentarlos solo empeora las cosas, poniéndolos más aletosos. Además, tampoco quiero que sospechen de la llamada que voy a realizar más tarde cuando se larguen unos minutos. Antes de integrarme al zaperoco, echo un vistazo por la ventana. La montaña parece querer decir algo.

Los veo rumbear en mi sala alrededor del pobre árbol de Navidad que ya casi no tiene bolas decorativas. El diablo, la calavera, el duende y el travesti culón con su tambor se dan cuenta de inmediato de mi presencia y saludan aumentando el volumen y azotando baldosa con mayor arrebato. No aguanto tanta altanería, rompo la promesa hecha minutos atrás y les lanzo un florero muy lindo, un regalo de una ex cuando estuvo en el Japón y que era el único ornamento delicado que quedaba en pie. El florero se desvía del objetivo haciéndose pedazos en la pared.

Turuntumturuntum Turuntumturuntum Turuntumturuntum Turuntumturuntum tum tum multiplicado por mil fue su respuesta.

Aburrido, me dirijo a la cocina a hacer tinto. A pesar de mis intentos de estoicismo, el diablo viene corriendo desde la sala, jala la pantaloneta y se devuelve rapidísimo al grupo que lo recibe con aplausos y chiflidos. Si yo hubiera estado leyendo esto en un cuento de Levrero o en una película extrañísima de Lynch me hubiera cagado de la risa. Pero sucede todo frente a mi nariz —y muchas veces a expensas de ella —. El citófono timbra y mis compañeros, no sé si por un sorpresivo respeto o por mero chisme, le bajan a la bulla.

Señor J, los vecinos se están volviendo a quejar. Recuerde que yo no quiero hacerle eso, pero me va a tocar informarle a la administradora. Es la séptima queja de unas fiestas sin permiso y el compañero Velázquez también recibió comentarios. Hágame el favor y reduzca el ruido ¿sí?”

Balbuceo alguna excusa maluca. Cierro los ojos mientras la fiestecilla infernal comienza de nuevo conmigo en el centro de todo. Pienso que si mi plan falla no intentaré nada más para solucionar el problema. Lo dejaré todo al azar. El cansancio es una de las fuerzas que mantiene viva esta sociedad. La otra es, claro está, la hipocresía. Luis K, el streamer del 9C, cada fin de semana llena el apartamento de viejas, reggaetón y de humos mareadores. Estoy seguro de que la administradora y los vigilantes se hacen los pendejos porque es el chico viral, la estrella del momento que le da estatus a la unidad.

Termino el tinto y por fin ellos van a darse un borondo. Aprovecho y ejecuto el plan. La llamada es un fracaso anunciado desde el primer segundo que empiezo a hablar. Yo mismo sé el ridículo que estoy haciendo al contarle mi caso a la cucha que atiende las llamadas en la parroquia. En teoría, todo parece tener lógica, es algo que en Hollywood llamarían una escena infalible para derrotar al demonio que no quiere largarse de un cuerpo, así que recurro a preguntar por un exorcismo, y no cualquiera, quería uno que hiciera que la cabeza mía volteara 360 grados mientras recito la biblia en lenguas muertas. Intento utilizar mi labia de periodista para que la secretaria pase al cura. Al ver que no funciona, entre lágrimas, le cuento la maldad pegada a mi existencia y que va acabar conmigo. La señora escucha con paciencia toda la cháchara, sin ninguna seña de ira o desconcierto. Al finalizar solo dice: Dios tiene un lugar reservado para todos ustedes, lamentablemente el señor cura está agotado de aquellas bromas de adolescente. Tenga un buen día.

Aquello me sorprende mucho, ¿a quienes se refería con ustedes? ¿Acaso hay más gente como yo sufriendo? Eso me consuela y busco de inmediato grupos de apoyo en internet. No veo nada tan explicito, pero si noto ciertos indicios en los comentarios sarcásticos de las redes sociales, en los vídeos bobos de gatos gordos, en las notas del periódico al cual ya no puedo ni quiero regresar. La gente sospecha que algo va a pasar, y las calles confían en el

pálpito de sus propias supersticiones. Pero la paranoia colectiva que está emergiendo desde las entrañas de la mitad de la ciudad que se muestra en postales y fotografías turísticas, no tiene nada que ver con la llegada de Mercurio retrogrado, tiene que ver con el lenguaje de unos niños fantasmagóricos que bailan, bailan y bailan bajo la mirada de la montaña.

Después de la llamada, no han regresado. Algunos días han pasado en una soledad extraña porque igual no puedo ya quedarme dormido sabiendo que es una tregua tramposa. El cuerpo se agita con las vibraciones inexistentes de estruendo juguetones. Ya no reconozco ni mi voz ni lo que digo en n las esporádicas y hostiles conversaciones de pasillo. Noto también como el golpeteo de un tambor desafinado filtra y erosiona la conciencia y palabras de los vecinos. Los gritos son más comunes ahora y las miradas son un vaivén de miedo y agresión. Hay un no sé qué en un no sé dónde que se ha contagiado entre nosotros. Todos están expectantes y según oigo, preparados para cualquier situación.

La noche empieza a llegar de a poquitos y un cacho de luna aparece e invita, si fuera otro momento más propicio, a recorrer las calles borrachas de felicidad decembrina. Cuando ya es definitiva la oscuridad unos bramidos retuercen los cimientos de nuestros edificios esquizofrénicos. Algunos *Turuntumturuntum* suenan como la ira del mar picado. Pero no en mi mente o en el apartamento. Miro instintivamente a la montaña. Todos en la unidad hacen lo mismo. Allá arriba la cosa está encendida con cientos de casas iluminadas y el periférico a toda marcha. Eso sí, la estrella no da señales de vida.

¡Se están metiendo al conjunto! ¡Se están metiendo en los aparamentos! Muchos gritan. Un baile, la pólvora, el ruido de carnaval, la alarma comunal. Los endemoniados se escuchan en todo lado. La arquitectura simplona hace que los sonidos reboten y se amplifiquen a niveles horrorosos. Con medio cuerpo afuera veo la llegada de cuadrillas de disfrazados que ingresan como bárbaros invasores a la unidad ante la inacción del portero.

Un sonido de pasos furiosos. Los vecinos bajan raudos por escaleras y ascensores armados con cuchillos, bates de béisbol y uno que otro fierro. Tiempo después se dirá que la defensa de la propiedad privada y las buenas costumbres de la clase media se definieron esa noche. Pude distinguir a doña Lorenza del 13C con un tubo de PVC más grande que ella, a don Roberto del 13A con una cadena de bicicleta, a Luis K sin camisa, mostrando un pecho de Adonís dispuesto a darse a los traques con quien fuera o lo que fuera. La comparsa de los personajes de la montaña sigue adelante como hormigas del Amazonas.

La estrella se prende en un fulgor volcánico. Yo me acuesto, cierro los ojos y permito que el estallido que está ocurriendo abajo me arrunche. Unos minutos después siento en mi cara una textura rara, como plástico, y corro hacia el espejo del baño. Veo el reflejo de un hombre con una máscara de diablo viejo. Sonrío para mis adentros.

FELIZ CUMPLEAÑOS, HIJO

La última vez que vi a mi padre fue en la ciudad después de mi decimoctavo cumpleaños. La mayoría de edad la cumplí en la casa de mis tías maternas, al otro lado de la cordillera del occidente. Llevaba más de cuatro años sin verlo desde que mamá decidiera separarse de él. No la culpaba; la vida familiar en ese entonces eran espesos silencios interrumpidos con brotes de cinismo y amargura.

En la carretera amarilla de barro montañoso, rumbo a lo que había sido mi hogar, no dejaba de pensar en papá y sobre todo en su promesa. En los primeros meses, después de la separación, se interesó algo por nosotros: llamaba día de por medio y decía que nos quería visitar. Nunca lo hizo, y su presencia poco a poco se fue diluyendo. En la última llamada, en unas navidades, su voz sonó agria, sin ningún atisbo de cariño. Luego de eso solo quedaron algunos recuerdos y los comentarios ácidos de las tías y mamá. Por eso la sorpresa al leer un mensaje suyo diciendo que me esperaba para darme un regalo de cumpleaños: "*Ya es hora de volverte hombre. Te lo prometo".*

Creía intuir lo que significaban aquellas palabras. En el pueblo de mi familia materna nunca pude acostumbrarme al aire más puro, al tiempo pausado y quizás pueril. Yo quería la ciudad que extrañaba bañada en letreros de neón, vientos grises y violencia erótica. Antes de irme para el pueblo, yo ya sabía lo que era la ilusión de la voluptuosidad. Entre los vecinos del barrio que se reunían en el parque ya era común escuchar las anécdotas con Marinela, Alaska, Lucía, Natalia. Los padres, los hermanos mayores, los tíos, los llevaban a los antros del centro, no precisamente a conocer el hielo, sino a dejarse envolver por la oscuridad empapada de lucecitas y pieles dispuestas a convertirlos en unos verdaderos *machos*. Antes de dormir y teniendo cuidado de no caer en el ojo vigilante de la tía Araceli, destilaba placeres pensando en esas historias y no las de los primos del campo, con sus chistes verdes de burros y toros o sus revistas escandalosas de países exóticos.

Al bajarme del bus, todavía con los comentarios rabiosos de mamá picoteando en la cabeza, noté que todo había cambiado y nada había cambiado. Las mismas cuadras, el mismo hedor iracundo proveniente de las fábricas de cuero cerca de la iglesia, el parque cubierto de maleza, todo eso teñido de una nostalgia boba que luego sería el mal que me acompañaría el resto de los días. No me recibió en la esquina convenida y tuve que caminar mientras la mirada de los impertinentes me quemaba la nuca.

Cuando lo vi al abrir la puerta, seguía conservando los ademanes de gentleman inglés y vaquero del llano, también la cumbamba envidiada por todos; sin embargo, unos aires a derrota lo carcomían de manera evidente. Durante la ausencia se había convertido en otro, una sombra del hombretón que yo recordaba. Y bueno, quizás yo también era otro y así empezaba a entender de a poquitos, lo fuerte que era la vida. Pero era mi padre, y en ese momento lo supe: éramos carne y hueso, mi pasado y mi futuro. Siempre estaríamos conectados de alguna manera a pesar de nosotros mismos. Me alegré de verlo y él también pareció estarlo. Me dio un abrazo débil que hizo flamear unos segundos sus ojos resignados. Al mostrarle la cédula, hizo una mueca de sonrisa y prometió llevarme esa misma noche a un "establecimiento de ocio y entretenimiento". Luego se encerró en su cuarto.

La casa de mi niñez estuvo inundada toda la tarde de los ruidos de los carros transitando, los cánticos de una señora vendiendo aguacates, de las risas maldadosas y lejanas de los niños que estudiaban en el colegio cercano. Los sonidos hicieron que volviera a jugar con la añoranza y transpirar un poco de desolación. Todos los objetos que recordaba habían desaparecido. En un ataque de austeridad, mi padre ya no tenía muebles, ni estantes, ni siquiera cuadros. Solo paredes desnudas y gastadas, una silla de madera triste que acompañaba la nevera vacía y las alacenas con latas de atún. Una cáscara desgastada, ya no un hogar, vaciado de cualquier contenido y cualquier sentimiento. Así debía haberse

convertido su corazón, pensaba yo. Mi antigua pieza parecía ser lo único que había conservado intacto estos cuatro años con la cama y los juguetes polvorientos.

Cerré los ojos e intenté dormir. Solo pude estar en un estado de modorra, un letargo que me puso en un estado de indefensión hasta el punto de que con gran dificultad me senté mirando un afiche descolorido de Pikachu. Por un buen rato quise llorar. Sin embargo, el recuerdo de mis primos pueblerinos, con sus toscas y masculinas maneras de ser, frenó las lágrimas. A las seis en punto mi padre tocó a la puerta y dijo con una voz desconocida, ronca y con clamor de liturgia: "Vístete para una ocasión elegante. A dónde vamos es necesario guardar las apariencias y creer que se tiene el mundo en la billetera".

La muda que me puse era toda de estreno, regalos que me hicieron en el cumpleaños y que esperaban su oportunidad de mostrarse al mundo. El calor era insoportable, incluso para la hora, pero eso no impidió que me pusiera un saco que me daba un aspecto distinguido.

Caminamos y atravesamos el barrio y seguimos hacia donde se suponía estaban las casas de la concupiscencia. Mi padre fue más exagerado que yo; parecía que iba para un bautizo con su traje negro, un poco arrugado con algunas motitas blancas, y su corbata roja carmesí. Aun así, nunca se quejó de la temperatura y caminaba con la mirada adusta, sin decir una palabra. A medida que nos acercábamos, los andenes eran invadidos por cuerpos sumidos en el alcohol, en el jolgorio, en el sudor, en la decadencia de los bafles a todo taco y la incandescencia de bombillas viejas. Yo estaba feliz.

"Aquí es", dijo con renovada vitalidad. La entrada estaba iluminada, más de lo que uno esperaría para un sitio de esos. Además, la fachada no era pequeña y un letrero grande, de colores tipo Broadway, se ubicaba justo encima de las puertas de color escarlata: Casino Las Pirámides. Mi extrañeza fue mayúscula, pero él no pareció notarlo, entró con paso

decidido. Yo lo seguí, sopesando la situación, esperando que tan solo fuera una breve parada para el objetivo final.

"Ya es un hombre, ya es un hombre. Je je je", alcanzó a decir cuando un vigilante lleno de pecas y aires belicosos me pidió la cédula.

"Feliz cumpleaños, hijo", pronunció mi padre cuando nos internamos en el lugar. Lo dijo con una tonalidad distinta a las frases que pronunció en la casa. Ahora la voz estaba excitada, con algo de podredumbre, como un óxido que empezaba a ennegrecer una bella escultura de hierro.

"Ahora bien, sé que no es lo habitual y lo que debería ser, al contrario, pero ¿le podrías prestar a tu viejo unos cuantos pesos? Al final te los devuelvo y con intereses. Así es que uno empieza a hacerse hombre, je je je". Guiñó un ojo y su rostro se transfiguró en uno espantoso. Me arrebató unos billetes que saqué del bolsillo y con una seña nos dirigimos a una tragamonedas con estampas de una momia seduciendo a una enfermera rubia y sensual.

"Mesera, señorita, usted", le gritó a una camarera uniformada como se suponía vestía Cleopatra. Ella torció los labios y se dirigió lentamente hacia nosotros.

"El nuevo hombre y yo queremos un whiskey, en las rocas, si no es mucho pedir, ya saben todos ustedes como es que me gusta". Los ojos de la chica, que parecía más joven que yo, ardieron y nos dio la espalda.

Mientras mi papá intentaba explicarme las estrategias ocultas que los profanos como yo no conocemos para derrotar al casino, dirigí mi atención al paisaje que tenía alrededor. Las Pirámides indudablemente conoció la gloria en algún momento, quizás cuando la ciudad estaba inundada de dinero fácil. Ahora era un sitio con una vibra triste. Un fino polvo de decadencia se había instalado en las columnas republicanas, los pisos de mármol, las máquinas chillonas, en los meseros; en los vitrales de serpientes, esfinges y dioses egipcios

que sacrílegamente anunciaban el nuevo reino del dinero. Lo que más me sorprendía era la sensación de soledad. Yo, que esperaba estar rodeado de imágenes febriles y placeres corpóreos en medio de una oscuridad sórdida, solo podía sentir que estaba en un búnker iluminado, pero sin el sosiego que produce la luz, un lugar repleto de cuerpos, pero con espíritus sin ningún ardor fraterno. A nuestra derecha e izquierda, señoras de ojos incoherentes, señores de rostros empobrecidos, se jugaban la vida pensando, estúpidamente, que ese día su suerte por fin cambiaría. No era un paraíso ni tampoco el purgatorio, era tan solo un paisaje decadente del que todos creen saber algo, una suma de muchas manos que perdían más que dinero a la velocidad de la cacofonía de ruiditos digitales y salsa romanticona. Eran, éramos, un cuadro viviente de Edward Hopper.

"Papá, ¿nos podemos ir?" "¿No hay otro sitio al que quisieras llevarme?", pregunté con ilusión estúpida. Todavía estábamos a tiempo de cumplir mis fantasías.

"Acá es donde *debemos* estar. Te lo prometí".

Recibimos los tragos. Luego pidió más, y luego más. La tragamonedas fue cruel e imbatible. En medio de la derrota no dejaba de pensar que las máquinas parecían reírse de nosotros: mi padre y yo representábamos pecados distintos y nos unía una sensación de fracaso y de crepúsculo. El placer que él recibía incluso cuando el azar le negaba alguna felicidad, yo lo esperaba en una caricia tierna y fugaz del hedonismo. Tiempo después comprendí que ambos paraísos, ambas obsesiones de aquella noche, eran simulacros de la verdadera felicidad y del verdadero orgasmo. Mi padre y yo siempre preferimos, menos mal, las simulaciones tangibles del cuerpo que las realidades etéreas del espíritu.

Nos dirigimos a las apuestas de caballos de plástico. Ahora sí, mi padre estaba delirante. La cara brillaba y de su boca solo salían pequeñas y espesas gotas de saliva cuando mascullaba palabras ininteligibles. Dulcinea, Carlota, Suertuda, Huesuda, nombres distintos

a los que esperaba pronunciar como regalo de cumpleaños. Las yeguas plásticas con jockeys de colores desgastados alimentaron su ira, más no su billetera.

"¡Más whiskey, más whiskey que a palo seco nadie aguanta este trote je je je!".

La mesera fue reemplazada por un tipo que mostraba un pecho descomunal acompañado de una falda de lino y alpargatas. Por su actitud se deducía que estaba acostumbrado a que su mera presencia aplacara a los insensatos. Mi padre no pareció darse cuenta y recibió la nueva ronda con una sonrisa patética. El calor ámbar del alcohol me consoló el espíritu.

Pasamos por otros juegos: la ruleta, una especie de minibingo con temática del Nilo y hasta un Rasca y Gana. En cada uno de ellos hubo más derrotas y más pedidos de trago que ya no eran respondidos ágilmente. Nos quedamos con poco dinero. Yo acariciaba en el bolsillo un billetico que debía que ser usado para otros menesteres.

"El 21 nos va a ayudar. Pronto cambiará nuestra suerte", dijo como si en verdad lo creyera.

En la mesa del Blackjack solo éramos nosotros. Antes, una señora gorda de cabellos muy oscuros se retiró con resignación bajo la mirada burlona del croupier.

"Reparta, reparta, para mí y mi muchacho que ya es un hombre. Rápido. *Come on*". Esto último lo dijo chocando sus palmas.

"No tiene por qué ser tan grosero, señor" respondió con fastidio el croupier mientras hacía gestos a sus superiores que se encontraban a la izquierda.

"Maldita sea, solo quiero jugar y ganar, no el regaño de un niñito. Llevo milenios viniendo acá. Reparta, reparta".

El croupier se retiró de la mesa. Un tipo con calvicie faraónica y cara de gerente se acercó junto al mesero musculoso y el vigilante pecoso. Algunos ojos se fijaron en nosotros. Para otros, la gran mayoría, la escena no merecía mayor atención.

“Don Orlando, creo que ya es hora de que se retire”.

“Es el cumpleaños de mi hijo. Solo quiero pasarlo bien con él, ¿acaso es mucho pedir?”.

No escuché la respuesta.

Me escabullí. Más allá de ese lugar plagado de almas tremebundas, me esperaba mi propio infierno, elegido entre muchos por la controlada exaltación corpórea y el estatuto de hombría que otorga. Afuera, la noche estaba apenas iniciando y mi corazón bombeaba whiskey y ansiedad. Hice un mapa mental de lo que recordaba de la ciudad. De paso a la terminal para tomar el bus de regreso al hogar pueblerino, estaba la calle del placer. Caminé detrás de un grupo de ebrios, crucé una esquina y deseé:

“Papá, mucha suerte”.

YO SOLO CREERÍA EN UN DIOS QUE SUPIERA BAILAR

Así bailó Zaratustra es la discoteca de moda, a donde van los hipsters, los cocacolos, los punketos traicioneros, las niñas bien del sur, los niños queer, los universitarios pobretones, los apocalípticos e integrados de la sociedad. El nombre está en el techo y alumbra como un faro de la bohemia. Letras de color púrpura, rosa, amarillo y azul, redondas, y testigos de escenas de celos, deseos, borrachos intransigentes, amores tontos. Es el lugar que está cambiado las noches citadinas y, en general, las vidas de los que disfrutan de sus placeres

Adentro, Silvia está en una esquina, de pie al lado de la barra y de un dibujo de Félix el gato bailando con una gata rubia alguna canción que nunca sabremos. Está tomando un cóctel de colores graciosos mientras mueve hipnóticamente los pies intentando seguir el ritmo del bajo y la percusión.

Nunca antes había salido sola de fiesta. Las advertencias de su padre hablándole de las maldades que se esconden en los antros y discotecas retruena más que los bafles y sistemas de sonido. No sabe muy bien por qué está ahí exactamente; podría haber ido a un lugar más tranquilo, algo más de su estilo, rock, jazz. Sin embargo, el infierno que esperaba encontrar se redujo a parejas que cruzan palabras y pasos, grupos de amigos algo alicorados que cantan a gritos y desafinados, y meseras cansadas de tanto pelear para encontrar camino hacia cualquier mesa. Nadie parece darse cuenta de su existencia, y no sabe si es un alivio o un golpe a la autoestima. En el interior de su espíritu, Silvia solo quiere que el ambiente ahogue los recuerdos, la escena terrible que presenció en la mañana, ser otra persona por unas horas.

Al otro lado está Andrés, mirándola y meditando con mucha seriedad si ir hasta donde ella. No tiene ninguna bebida en sus manos y lo han rechazado 11 veces en la noche. Parece

ser que ninguna mujer quiere bailar con él y no logra comprender las razones de tanto repudio, aunque desde el inicio tuvo la leve epifanía, un sentimiento solapado en los poros de la piel de que quizás hoy no fuera su día de suerte. Algunas lo analizaron fijamente, casi achinando los ojos, y decidieron, en menos de cinco segundos, que cuatro minutos de música no iban a ser nada agradables. Otras miraron perturbadas a su novio, o amante, o pretendiente, y también dispusieron que no valía la pena iniciar una lucha de egos y machitos encabronados. Algunas adujeron que debían ir al baño, otras que en verdad no sabían bailar, y alguna le dijo que estaba ahí por obligación, que preferiría estar en cama viendo Greys Anatomy en vez del sudor, las luces, el sonsonete. O bueno, eso creyó escuchar él. Así que, analizados todos los factores, decide tímidamente que la siguiente canción será su décima segunda oportunidad para ser feliz. Es tan torpe que no se entera que la actitud corporal de Silvia es la de una mujer que está dispuesta a bailar con quien sea, y eso lo incluye a él.

Un viejo reloj marca la una en punto de la madrugada, la hora en que los cuerpos empiezan a buscarse en medio de la música que se derrama dichosa sobre nosotros. Para que el amacice pueda darse, hay que saber interpretar las palabras, los gestos, los ademanes, la desesperación con la que los cuerpos parecen hablar. Los ojos, los hombros, las manos, las caderas, los vientres, poco a poco empiezan a separarse de la conciencia que otorga el cerebro y entre ellos hablan su propio lenguaje, no siempre universal, aunque parezca lo contrario. Al ritmo indicado, los cuerpos aprovechan algún paso coqueto para fundirse. Ya no serán dos entidades solitarias, distantes, ahora serán una sola carne que durará lo que tenga que durar. El amacice propone un futuro efímero, inestable, pero feliz.

La música se riega, se expande. Es una salsa sabrosa que hace que las cosas también quieran bailar. Toman vida por unos minutos. Ningún humano lo percibe, por supuesto. Todos los objetos y hasta la misma arquitectura del Así bailó Zaratustra anhelan agarrar el

paso, danzar como lo hacen aquellos humanos ya borrachos. Sí, está sonando un tema, una delicia de canción que hace que una mesa busque a la mesa de al lado, las cervezas tibias se caigan de la emoción, y, las sillas que pacientes esperan las posaderas del danzador, entren en un vaivén exquisito. Hasta las baldosas con sus arabescos se mueven exaltadas, temblorosas mientras el aire vibra. Menos mal no tenemos la capacidad de saber que las cosas bailan, porque tendríamos mucha envidia de sus rumbas. Esto se suma a la larga lista de incapacidades sensoriales que…

¿Qué es lo que pasa aquí? ¡Ehh! ¿Qué es lo que pasa aquí? ¡Ehh! Para que tú lo bailes...

Los Van Van entran en escena e interrumpen cualquier ensoñación filosófica. La temperatura en Así bailó Zaratustra es fuego, fuego que quema y transpira sensualidad.

Muévase muchacho, pero muévase con ganas. Muévase sabroso, pero escuche la campana…

La campana repica y a Andrés le toma una decena de pasos llegar a donde está ella. Atravesó un bosque de cuerpos febriles y en el camino rezó a Baco para que aquella mujer no extendiera su anti récord. Silvia lo vio llegar con su piel cetrina y ropa arrugada, pero tenía algo, un aura de desamparo al que ella, siendo estudiante de trabajo social, no podía resistirse.

Baile bien, aquí el que baila gana. Pa' que vuelva la próxima semana…

¿Bailás? La voz le salió más grave de lo que esperaba, y Andrés se felicita por eso. La respuesta positiva de aquella mujer de nariz aguileña hace descansar todo su ser. Caminan juntos, levemente agarrados de la mano como si ya fueran un matrimonio viejo, y encuentran un espacio en la mitad de la pista. Se demoran unos cuantos segundos en dar rienda a sus cuerpos.

Que se baile que se siga que se gire sin parar. Pero con cuidado que la orquesta va a apretar...

Así bailó Zaratustra es en estos momentos un lugar pequeño. En algunos años, su popularidad será tanta que los dueños comprarán los locales aledaños y crecerán desaforadamente, lo que destruirá su aire de camaradería y desparpajo. Serán los adjetivos propios del nuevo lugar de moda los que lo destronarán. Ese es el ciclo vital de los rumbeaderos de la ciudad.

Ay, ay, como suena ese bajo, el piano y el tambor. Para que tú lo bailes, ya empezó…

Andrés no tiene ritmo y ella mucho menos. No agarran el compás y, cuando él le da una vuelta, terminan medio chocándose. El paso hacia adelante es correspondido, inexplicablemente, por otro hacia otro lado. La canción es sabrosa, no obstante, eso no justifica mover los codos y brazos como gallinas antes de cacarear. Parecen gringos y, aun así, hay ternura en la escena: la ternura de dos marginados que se encuentran en el camino.

Mientras sus cuerpos torpemente se encontraban, ambos están sumergidos en oleadas de emociones contradictorias. Saben muy bien que no van a ganar la medalla a la pareja con más sabor, y cada uno da su propia interpretación. Andrés supone que en su rol masculino es él el que debería manejar mejor la situación. La mayoría de las mujeres perciben quien es el que baila bien y quien no, piensa con resignación y ve, para su sorpresa, como Silvia le sonríe. Ella prefiere estar ahí, sintiéndose fuera de lugar, que acostada en la cama con la mente y la memoria martirizándola. El apartamento que comparte con otras dos amigas ya no es su refugio querido, ahora es un recordatorio de lo podrido que está el espíritu humano.

Bailen, aquí el que baila gana. Y volveré seguro la próxima semana…

El swing de Los Van Van ya está en el punto más alto del crescendo, lo que ameritaría pasos más libres y rápidos. Andrés y Silvia toman otra dirección. Si sus mentes son caos, sus

pieles y huesos están gozosos. Hay felicidad en ellos, a pesar de todo, mucho más de los que están al lado y que si tienen estética en sus pasos. He aquí otro de los misterios del baile. Y así empieza la electricidad en los vellos de los brazos, el suave toqueteo de las manos, la sonrisa leve, la distancia entre los dos cuerpos que poco a poco comienza a ser menos hasta el punto de ya se empieza a bailar en una sola baldosa, una mano aprieta cariñosamente la espalda.

Haremos una rueda cogidos de las manos…

A la canción le quedan exactamente tres minutos que para ellos va a ser toda una eternidad. Efectivamente, la una de la mañana es la hora en que los cuerpos empiezan a buscarse en medio de la música. Mientras haya baile o, el amacice existirá y morirá, y volverá a nacer y morir. Todo lo que sea corpóreo es susceptible de amacizar y ser amacizado en una explosión de música, luces y oscuridades.

Andrés y Silvia están juntitos, en silencio, como debe ser. No se preguntan nombres, signos zodiacales o el pronóstico del clima. Por fin las voces llenas de dudas que habitan en sus conciencias se han callado y han hecho una tregua. El mundo puede ser bello, como bien sabe cualquiera que se encuentre así, tal como ellos ahora.

Los arreglos de Juan Formell se disuelven en el aire y la canción termina, como habrá de terminar todas las cosas. Andrés y Silvia se separan lentamente, negándose a dejarse ir tan rápidamente. Esperan otra salsa, pero lo que suena no es un trombón, sino los ritmos vibrantes de Boney M. Ha comenzado la hora loca. Durante media hora el poder del dancehall, reggae y electropop va ser tan fuerte que ahora así nadie va a poder quedarse sentado mirando el celular en busca de más dopamina.

Silvia se separa de Andrés, le sonríe cariñosamente y sin mediar palabras se dirige al baño. Allá orinará y luego se mirará al espejo. Sabrá, ya en firme, que algo cambió en la

mañana y también en el mismo instante que bailó con aquel muchacho. Un ligero temor al futuro hará que se demore en abrir la puerta para salir de nuevo a lo que parece ser su destino.

Andrés desea un aire menos viciado y sale de Así Bailó Zaratustra. Otros también salen, más perdidos de lo que entraron, pero por eso mismo más contentos. Se sienta en un paradero de buses desvalijado que queda justo al lado de la puerta y de una venta de chorizos de colores radioactivos. Quisiera saber fumar para parecerse a algunos de esos personajes de la Nouvelle Vague que tanto admira. Los carros enloquecidos zumban en la calle y él reflexiona, de nuevo, como pasó de la zozobra de un posible nuevo rechazo a un deseo que lo empieza a carcomer. Entrará de nuevo, preguntará, bailará, se impacientará y amacizará con aquella muchacha.

En una panadería 24 horas los dos presenciarán el despertar de la ciudad.

MISOFONÍA

The Bluetooth device is ready to pair. The Bluetooth device is connected successfully. Estamos, estoy sumergido en la bulla. Los bajos hacen estremecer los cristales de las ventanas. Y no, no puede decirse que esto tenga algún ritmo musical, porque cualquier sonido a este volumen no es ni siquiera una pieza de música concreta. ¡Al diablo Pierre Schaeffer! Hay niebla que emerge de los oídos. Veo, a través de los altos decibeles, hombrecillos jugueteando con clavos de fuego muy cerca de mi nariz, veo los bichos negros de la pantalla acumulándose uno a uno en frases ininteligibles que solo un dios sordo podría entender. Escribo, escribo y escribo a sabiendas de que es un acto fútil, estúpido. Lo único que tiene sentido ahora es el ruido, la bulla mareadora que ahoga pero no mata. No es la muerte lo que busco, aunque sé que los muertos habitan en el silencio más acogedor. Al fin y al cabo, morir es eso: estarse calladito y no escuchar los gritos y la parranda de los vivos, las simplezas de los vivos. La vida no es tranquilidad. La primera afugia sonora es el orgasmo mustio que nace de una célula al penetrar a otra; luego llegan los gritos de un parto, es decir, salir berreando a un mundo que fatiga y no deja de gritar. No puede haber silencio absoluto porque nos volveríamos locos, me dijo alguna vez una mujer de ojos juguetones. Y pensé justo en ese momento en John Cage, en su vanguardia que parece broma –¿aunque no son todas las vanguardias bromas de adolescentes desocupados? – y pensé por último en aquel extraño silencio de músicos bien vestidos con instrumentos en mano que no tocan nada y solo hay tos, carraspeos, murmullos de un público que quiere entender algo. Y yo quiero entender si la vida es otra cosa que ondas sonoras que se acumulan y acumulan en mis oídos, si la vida es más que una playlist de un vecino, los cantos desafinados de un vecino, la alegría de un

vecino, el sufrimiento de querer escribir algo, la angustia de tener cacofonías en la cabeza, el deseo de ir de sílaba a sílaba, palabra a palabra, página a página, para así crear alguna imagen, aunque sea estéril, alguna extrañeza del lenguaje que nos vuelva especiales, únicos frente a lo que escriben nuestros congéneres. Literatura + ruido = enfermedad.

*

Este año ha sido uno de los más lluviosos. La gente, acostumbrada al sudor y a quejarse eternamente por el calor, ahora necesita encontrar nuevas metáforas para soportar embutirse en chompas multicolores y recorrer andenes ahogados por charcos tristes. Cuando las nubes en forma de bulbos estirados y cargados de agua tomaron por asalto el cielo, yo acababa de renunciar a Cortinas El Marsupial. Había decidido que la escritura era lo mío, mi bálsamo. "La poesía me salvó", dicen los adolescentes cuando entran a los talleres literarios a buscar el reconocimiento de los sabios que lo han leído todo y que, por supuesto, saben que hay que mostrar, no contar. Desde antes de decir adiós a la oficina de comunicaciones, decía que era escritor, aunque no haya publicado nada todavía, aunque mis colegas nunca hayan escuchado mi nombre, ni siquiera para destrozarlo en una columna de opinión, aunque en Twitter (¿o X?), Elsy, la extravagante, no se haya dignado a despreciar mi nombre. Al momento de recibir el dinero de la liquidación en la oficina de Recursos Humanos, le dije a Susana, la asistente, "ando escribiendo una novela, una novelita de mil páginas, la novela total que matará finalmente el boom latinoamericano. De pronto incluyo un personaje llamado Susanita". Coqueteo tonto del que necesita revalidarse. Menos mal que ella nunca volteó el rostro, su silencio fue sarcástico. Gajes del oficio, pensé.

*

- Hotel California de The Eagles
- Crazy de Aerosmith
- Dust in the wind de Kansas
- Zombie de The Cranberries
- Another day in Paradise de Phil Collins
- Daddy Cool de Boney M
- All that she wants de Ace of Bases

Sonó un pedazo de It´s my life de Bon Jovi, una canción que me gustaba mucho en la universidad. Él no la dejó llegar al final. Su intención es que el bloque de Leo Dan y compañía empiece:

Tú llegaste justo cuando menos te esperaba

Y te fuiste sin decirme ni siquiera adiós

Me di cuenta que, sin ti, no podía ser yo nadie

Si me faltas tú, mi amor, ¿para qué vivir?

*

El vecino es ecléctico. Y lo envidio. ¿Cómo alguien puede saltar de Abba a Canserbero sin ruborizarse, sin pedir una disculpa irónica? Yo no puedo hacer lo mismo. A los del taller les digo que ando *trabajando* a Saer mientras leo a Stephen King. De lo contrario, me mirarían como a un troll que acaba de salir de debajo de un puente.

*

No logro concentrarme. Es un mal que sufro desde niño y que se ha agudizado en los últimos años. Quizás todo inició con la compulsiva manía de llegar del colegio y perderme por horas en una Playstation 2. Ahora todos dicen que sufren de lo mismo, pero lo llaman procrastinación, palabra fea y larga que no le hace honor a la difuminación de mi mente pensando en pajaritos que hacen nido en los cables de electricidad, en las editoriales que podrían comprar el futuro manuscrito, en quién escribirá mi entrada en Wikipedia o si es posible conseguir un nuevo préstamo con mi historial de crédito. Por eso compré el libro que me trajo aquí. *Enfócate. Consejos para alcanzar el éxito en un mundo disperso*, me dijo en una noche un poco agitada que uno debe hacer gestos excepcionales. Así hizo J. K. Rowling cuando quería terminar el último libro de Harry Potter: agarró una maleta y se mudó a un hotel cinco estrellas en Edimburgo. El dinero que yo tenía no alcanzaba para esos lujos de *artista* consumada, sin embargo; pude encontrar en arriendo un apartaestudio en un barrio a las afueras de la ciudad, prácticamente en la frontera con el campo, a un muy buen precio y, sobre todo, en un ambiente que podría inspirar a un futuro genio de la literatura. La pequeñez del espacio tipo loft, en un tercer piso de paredes verdes, techo de madera a punto de pudrirse y rodeado de muchos lotes vacíos, daba la ilusión de una calma utópica.

*

La mañana en que empecé a desempacar, las nubes estaban color de lomo de elefante. El escritorio blanco hueso fue lo primero que organicé. Al lado izquierdo, post its, lapiceros,

un mug de Van Goh que siempre está lleno de café. Al frente, un tablero en acrílico repleto de fechas que me pongo para terminar los capítulos, ideas para la novela de mil páginas que mataría, por fin, el boom latinoamericano. Al lado derecho, un par de manuales de escritura redactados por gente como Andrés Hoyos, que tienen el mismo efecto que los manuales de felicidad escritos por gente como Osho.

*

La casa del vecino no está tan cerca si se compara con el resto de la ciudad, cuyas construcciones están tan pegadas que uno termina odiando lo mismo que el que habita al frente. De hecho, llamarle casa oculta que no es una construcción terminada, es más bien un conjunto de palos de guadua coronado por plásticos azules, rojos y violetas. Lo único lujoso que debe haber ahí es el sistema de karaoke y sonido envolvente.

*

¿Por qué escribo? Porque mi cerebro se comunica mejor con mis manos que con la lengua. Héctor Abad Faciolince. Escribo porque hace 25 años que soy novelista profesional, y vivo de esto. Arturo Pérez-Reverte. Como ya he dicho en muchas ocasiones, escribo para no tener jefe ni verme obligado a madrugar. Javier Marías. Porque me gusta. Umberto Eco. Sinceramente, no lo sé. Eduardo Mendoza. ¿Por qué respiro? Carlos Fuentes. Escribir es como logro entender, entenderme y entender lo que pasa a mi alrededor. Gioconda Belli. Escribo porque no puedo detener el constante torbellino de imágenes que me cruza la cabeza. Rosa Montero. No es fácil, y creo que no debe ser posible en realidad, responder por

anticipado. Se responde en retrospectiva: por qué escribí. César Aira. Soy vanidoso, busco los aplausos. Michel Houellebecq. Ni modo, no hay más que hacer. Roberto Bolaño. Escribo porque tengo que hacerlo. Jorge Luis Borges. Escribo porque me has enviado un mensaje y estoy aquí para ayudarte y responder a tus preguntas. Chat GPT. ¿Se puede morir si se deja obra? ¿Alguien nos recordará a pesar de las mediocres páginas que pretendemos inmortalizar? ¿Podremos escapar de los lugares comunes, de la repetición, del límite exacto que nos impone el lenguaje? ¿Por qué torturarse con la escritura cuando las pantallas me ofrecen un delicioso cóctel de dopamina? ¿Hay que vivir como se escribe? ¿Quiero escribir o publicar? ¿Ella me recordará si publico algo, si me ve en una feria de libro sonriendo y respondiendo a otras preguntas más estúpidas que estas? ¿El señor que vende las frutas escribirá poemas eróticos como su cara parece indicar? Las imágenes, los puentes sobre los abismos que la lengua parece crear, ¿de dónde nacen exactamente? ¿De qué fuente brotan? ¿Alguien hará un análisis académico de mí? ¿Por qué este país le tiene tanto miedo al silencio? Yo.

*

La primera vez que lo escuché, sentí mi cuerpo convertirse en ondas, en temblores violentos. Luego me di cuenta de que no solo era yo; también se movían las ventanas, las paredes, el escritorio, la arquitectura misma de mi existencia. Antes de todo eso, estaba mirando mi reflejo en una hoja en blanco embadurnada de palabras virtuales, sin ninguna materialidad física. Le grité un inútil ¡chitón! desde la ventana. Mi voz cansada se mezcló con su voz de barítono enguayabado.

*

Días después de la perorata musical, grupos de personas, supongo que habitantes del sector, visitan al vecino apenas empieza la noche. Llevan cajas pequeñas con velas o flores, chuspas repletas de frutas, botellas de aguardiente, latas de cerveza. Se quedan horas, quizás hablando, quizás haciendo otras cosas que no se pueden adivinar. Solo en esos momentos pareciera que la casa estuviera completamente deshabitada, aunque sé que en esa pequeñez de espacio hay más de un cuerpo respirando, conspirando. No sale ninguna luz, ningún sonido. A la salida, aquellas personas toman rumbos distintos, sin despedirse ni dar seña de que se conocieran. A la mañana siguiente, los bafles del vecino empiezan de nuevo a cantar.

*

¡Por fin se dignaron a venir! Una patrulla de policía vieja, embarrada, sucia como los pecados de un monaguillo, se parqueó al frente de la casa del vecino. Los policías están adentro hace varios minutos, tal vez decidiendo si en verdad vale la pena hacer alboroto por una queja tan nimia, tan boba, frente al horror de los crímenes que suceden a diario en esta ciudad. Es una situación que no se cataloga como delito, por lo que tampoco es posible ganarse unos pesos extras, aunque también puede ser el detonante de algo más grande, tal como los periódicos amarillos se alegraban de narrar en sus reportajes de intolerancia. Desde mi ventana y oculto tras gruesas cortinas, los veo bajarse. No apagan las luces. El que se ve más alto y cansado pisa un charco. El otro agente no se da por enterado y llega primero a la puerta. El otro lo alcanza. Los dos tocan la puerta hecha con retazos de lámina de zinc. El vecino abre de inmediato. Toda la mañana hizo un gran performance musical. Nunca he visto

al vecino. Parece que nunca sale. Solo conozco su voz. Pienso que vive por y para su arte. Desde el ángulo donde está ubicada la ventana tampoco puedo ver sus rasgos. Manos y piernas pálidas y lampiñas surgen del hueco en donde estaba la puerta. Solo uno de los policías parece hablar. El vecino responde algo gracioso porque se escuchan las risitas acuosas de los tres. Los dos agentes le dan la mano al vecino. Este cierra la puerta. Los agentes caminan raudos a la patrulla. Arrancan. El rojo y el azul de la sirena se filtran por un resquicio de la cortina e iluminan la pared.

*

Procrastino. No aprovecho la tregua de silencio para escribir y, en cambio, veo en Instagram las fotos de una mujer de mi pasado. Ahora tiene esa sonrisa medio nerviosa, medio expectante, que tienen todas las mujeres embarazadas en sus fotografías. Creo que de lo que más hablábamos era de novelas, novelas malas que a los dos nos gustaban. ¿O eran películas malas? ¿Películas de serie B como *La llanta asesina* o novelas como *Guerra Mundial Z*? Ya no recuerdo muy bien y, al final, termina dando lo mismo. Lo que más me gustaba de ella era su pragmatismo. El mundo sería un mejor lugar si ser pragmático fuera el valor supremo. Es un pensamiento que siempre he tenido y que muchas veces le recalqué. Estudió alguna carrera relacionada con letras en alguna universidad conocida. Apenas le dieron el diploma, tuvo la suficiente lucidez para confirmar que ni la vida ni el talento le daban para ser una buena escritora mayor y mucho menos una de ínfimo nombre. A diferencia de mí y de sus compañeros de clase, prefirió ser feliz en otras cosas. O al menos eso quería dar a entender con su voz susurrante mientras recorríamos sudorosos los andenes adoquinados del centro. Al padre de su futuro bebé lo reconozco en las fotos. Ese sí es un

autor muy chiquito, muy menor, un poeta con cara de burócrata y columna de opinión en el diario local. La literatura actúa de maneras misteriosas.

*

No logro dormir bien. Y cuando duermo, sueño con ondas y amplificadores que me hacen sudar frío. Los decibeles golpean mi corazón y lo hacen latir a un ritmo más violento. Despierto confundido e intento escribir algo en un cuaderno que tengo al lado de la cama. Leo lo que escribí la noche anterior: En algún momento debo confrontarlo, lo sé.

*

- Friedrich Jürgenson, el ornitólogo, escucha a su madre muerta mientras graba pinzones. A eso se le llamó psicofonía.
- El sonido del lápiz sin mucha punta resaltando una frase en un cuento de Jorge Luis Borges suena extraño en medio del silencio de la noche.
- Un Jack Russell Terrier se acerca a un gramófono y parece embelesarse con el ruido que el aparato reproduce. Fue uno de las imágenes publicitarias más famosas de principios del siglo XX.
- Los ruidos de un bar tienen una intensidad aproximada de 90 decibelios. A partir de los 75 decibelios se pueden producir lesiones en los oídos.
- Vivir al lado de un aeropuerto. Vivir al lado de un estadio. Vivir al lado de una autopista. Vivir al lado de una gallera. Vivir en la ciudad.

- El tinnitus son timbres, rugidos, zumbidos, y al final, leve sordera.
- “En Roma el pobre no puede ni pensar ni dormir. Pues, ¿cómo dormir con los maestros de escuela por la mañana, los panaderos por la noche y el martillo del caldero todo el día”. Marco Valerio Marcial, Imperio Romano, Siglo I.
- “¡Vivir rodeado de aire/que se lleve los ruidos, /forrar de dobles vidrios las ventanas, /no abrirle a nadie!” Fabio Morábito, México, Siglo XX.

*

La novela no avanza. La trama no avanza. Los personajes son monstruosamente estúpidos y sin gracia. Solo puedo escribir fragmentos cortos, descripciones insípidas, disertaciones intelectuales que intentan ser profundas y que solo alimentan mi ego herido. Sin darme cuenta, transcribo las letras de la canción de turno, letras que hablan de amores que no fueron; de amores que sí fueron, pero la traición venció; de amores que no debieron ser; de amores pueriles, como la novela que mataría al boom latinoamericano. Y el único realismo mágico es el vecino, su presencia casi fantasmal que se cuela en la mente. Nadie había tenido tanto poder sobre mi espíritu, ni siquiera ella. Y cuando no hay música, la vida, el mundo, todo está demasiado quieto. Cuando llueve, las gotas parecen caer en cámara muy lenta, como si las viera con ojos enmarihuanados. Y cuando empieza la perorata de los altavoces, se acelera el pulso y se siente como un pase de cocaína, o eso creo, porque nunca he metido cocaína, aunque sí he visto cómo se ponen enloquecidos y ansiosos mis amigos cuando terminan de aspirar. Estoy en estado de confusión. Ya no sé si prefiero la quietud o

el acelere, el silencio o el vecino, seguir escribiendo o reconocer que la literatura no me está salvando.

*

Es viernes por la mañana. No hace frío; de hecho, el sol está iracundo, tiñendo las frentes de todos los que no lo extrañaban. Desde hace rato, el vecino ha empezado con su rutina. La semana pasada sucedió algo chocante. En el único mini mercado que hay en la zona, empecé a preguntar a los clientes si no habían escuchado todo el ruido que surge de aquella casa, si no se sentían abrumados o hartos. Todos me ignoraron, como si hablara en lenguas extranjeras o estuviera mencionando un tema tabú. Cuando iba a pagar, el cajero y dueño me miró con ojos de conmiseración. Antes de darme la devuelta, no sé si en verdad lo dijo o mi mente lo distorsionó todo, creí escucharle que el vecino era la razón por la que muchos estaban ahí, la razón por la que no se habían ido, la razón por la que el barrio, aquel sector periférico de casas a medio hacer, tenía vida. Aturdido, hice una mueca de asentimiento, recogí los aguacates y salí de ahí.

*

Ahora que suena el trombón dorado de Willie Colón, prefiero salir y dar una vuelta en la ciudad que ya no reconozco como mía. Agarro una sombrilla, el clima es traicionero, y cierro la puerta. Tengo el corazón seco, la esperanza atrofiada y la billetera moribunda. Sé que no continuaré con mi aventura literaria.

*

En el andén, no tomo el camino hacia el único paradero de buses. El sitio donde nace el despotismo sonoro que lo envuelve todo me espera. Él debe disculparse. Una leve violencia brota y se reproduce por todo mi cuerpo. Desde lo que se supone debería ser un antejardín, piso la maleza y veo, a muchos metros de distancia, las cortinas de la ventana de mi cuarto, un cuarto que seguramente tendré que entregar en las próximas semanas y que fue escenario de un fracaso artístico. El ruido de la salsa genera un mareo vomitivo. ¿Cómo puede alguien vivir así? Toco la puerta con fuerza, el eco de la lámina golpeada le gana levemente al estruendo. Sorpresivamente, al abrirse la puerta, la música cesa. Está ahí parado con una cara muy seria, casi inteligente, muy distinta del rostro que imaginaba. Con un gesto, él me invita a pasar a la inverosímil oscuridad de su hogar. Entro, la puerta se cierra. Noto cómo en el mundo se hace un silencio extraño, absoluto, aterrador.